

La estabilidad en las democracias capitalistas. ¿Crisis hegemónica o auge chantajista?*

Ariel Colombo, IDICSO - Conicet†

Resumen

El presente ensayo analiza la problemática de la estabilidad en las democracias capitalistas. El autor revisa y cuestiona las teorizaciones existentes sobre las denominadas crisis hegemónicas. Plantea una lectura original de las mismas que denomina como “extorsión” y que alcanza su auge en América del Sur con posterioridad a partir de las transiciones democrática.

Palabras clave: Democracia; Crisis hegemónica; Capitalismo.

Abstract

This essay analyzes the problematic issue of stability in capitalist democracies. The author revises and questions existing theorizations about the so called hegemonic crisis. He proposes an original vision about such crises calling them “extorsive” and signalling that they rich its momentum in South America since the beginning of the transitions to democracy.

Keywords: Democracy; Hegemonic crisis; Capitalism.

1.

Una de las ideas más generalizadas en la izquierda es la de un lento pero irreversible declive de la hegemonía norteamericana, y, seguramente, el alto endeudamiento externo junto a la descalificación de su deuda, deben haber reforzado esta opinión que también fue compartida por Giovanni Arrighi. Que propuso una de las interpretaciones de los ciclos del capitalismo de mayor alcance histórico.

Basándose en Braudel, estudió los desplazamientos del poder mundial en los últimos 500 años, y, en paralelo a la idea de “producción del espacio” de Harvey, propuso que las crisis fueron resueltas ampliando territorialmente la escala de acumulación. Cada ciclo sistémico atraviesa por dos fases, la de acumulación material y la de acumulación financiera, y mientras se completa la segunda, se inicia la primera en otra ubicación con una influencia geográfica aún mayor. Los excedentes acumulados en Venecia y Génova emigraron a Amsterdam, de Holanda a Inglaterra, y de Inglaterra a Estados Unidos.

El surgimiento de una nueva hegemonía, capaz de restaurar el orden global, tuvo como punto de partida un capital sobreacumulado que se apodera de nuevos activos, incluido el trabajo a bajo costo, y que los lleva a un uso rentable, profundiza la división del trabajo, y reinicia la expansión productiva, hasta que por la presión de la competencia, los monopolios de punta son socavados y nuevamente la masa de beneficios hace caer la tasa

* Exposición en las Jornadas de Epistemología y Filosofía de la Historia en la universidad nacional del Comahue, junio de 2011.

† Doctor en Ciencia Política USAL, Investigador Independiente de Conicet de la Argentina, con sede en el IDICSO-USAL

de ganancia. Se acumula más capital del que se puede reinvertir ventajosamente y empieza la etapa especulativa; que precipita el caos y la pelea por los mercados, con la colaboración de los Estados, si es necesario en el campo de batalla (Arrighi, 1999; 2001; 2005; 2007; 2008).

En el período de entreguerras, la movilización popular llevó al New Deal, y, a imagen y semejanza de este compromiso, Roosevelt imaginó la relación hegemónica con el mundo, que así funcionó en parte entre 1945 y 1970, el período de mayor expansión del capitalismo. En la crisis de la década de 1970, la crisis de la primera etapa del ciclo norteamericano, los trabajadores estaban mejor preparados para resistir una nueva destrucción de bienes de capital, y el monetarismo se dirigió precisamente a debilitar este poder. Pero, al redistribuir la renta en favor de la especulación financiera, originó burbujas, que explotan regularmente, y que indican, según Arrighi, la crisis terminal del ciclo y de la hegemonía norteamericana, que tendrá un desemboque más o menos desordenado, dependiendo de que EEUU acepte y gestione su decadencia. En tal sentido, Obama se equivoca al igual que Bush, si pretende revertirla.

China, en ascenso al recibir parte del capital sobrante, contribuye a reducir las desigualdades entre países, que en consecuencia podrían insertarse más independientemente en el orden internacional. Pero, como a la vez crece la desigualdad dentro de ese país, que posee una tradición milenaria e incomparable de rebeliones campesinas y obreras, parece que tendrá demasiados problemas en casa como para ocuparse del mundo, como hizo EE.UU después de 1945 respaldando el resurgimiento de sus potenciales competidores. Habría, por eso, una bifurcación entre el poder bélico y el poder económico, una anomalía que muestra un bloqueo de los mecanismos que llevaron a soluciones territoriales. El viejo cuartel general del capitalismo será incapaz de impedir que Asia oriental ocupe los puestos de mando de la acumulación, pero la nueva guardia carece del poder para organizar la guerra.

Smith, y también Braudel, pensaron que el capitalismo no sobreviviría a esta disociación entre el Estado y el capital. Si la fusión que permitió la reproducción ampliada del estrato superior antimercado, y que desata toda la dinámica depredadora, estuviera disolviéndose, la anomalía del ciclo no desembocará en un imperio poscapitalista, sino que se gestaría una sociedad mundial en la que los países se vincularán a través del mercado. Un nuevo Tercer mundo podría estar surgiendo, y lo empleará como instrumento de igualación de las relaciones norte-sur. La cuestión no es si el Sur seguirá usando el dólar sino si dejará el superávit de sus balanzas de pagos a disposición de las agencias controladas por EE.UU.

2.

No voy a profundizar esta interpretación, que es conocida y muy extendida con matices y polémicas, puede esbozarse un planteo diferente. Primero, el término hegemonía tendría que ser aplicado solamente al último ciclo, una vez que la democracia capitalista alcanzó la madurez para un compromiso de clases a nivel global; segundo, la crisis de los 70 no inició una interminable declinación que ya llevaría 40 años, sino que fue resuelta con otra forma de dominio, la extorsión, políticamente inferior a la hegemonía pero que asegura la estabilidad capitalista cuando no pueden reproducirse las bases materiales del consenso de las clases subalternas; tercero, ambas formas de dominio, la hegemonía y la extorsión sostuvieron al último ciclo sistémico mediante un intercambio intertemporal, y no

ampliando la escala espacial de la acumulación como en ciclos anteriores; cuarto, no hay ningún mecanismo de mano invisible, el mercado o cualquier otro, que pueda llevar a una sociedad global más justa.

Si bien hubo cuatro grandes oleadas insurreccionales después de la Revolución francesa, que fueron proletarias, generales, autónomas y radicalizadas (Screpanti, 1985), con epicentro en Inglaterra en 1811, en París en 1870, en Rusia en 1917, y en Francia y en Italia del norte entre 1966 y 1970, solamente en el último caso se produjo dentro de una forma de dominio hegemónico, organizada como mecanismo preventivo. Al entrar en crisis, no tuvo que recurrir a la coerción abierta o a la guerra. El capital mantuvo la neutralidad o adhesión de los trabajadores y ciudadanos sin prometerles crecimiento con bienestar, sino amenazándolos con el estancamiento inflacionario.

Si la hegemonía se sustenta en la promesa de que los sacrificios actuales de los trabajadores se convertirán en un porvenir de más empleo, más salarios y más impuestos, en función de una tasa de transformación de ganancia en inversiones que permanece indeterminada, la extorsión se apoya en la amenaza de que si no se aceptan los sacrificios actuales estos pueden llegar a ser aún mayores como en algún momento anterior. Hay un trueque entre presente y futuro en el primer caso, y entre presente y pasado en el segundo, que, en realidad, es seudotemporal, porque no está sujeto a ningún plazo.

Las teorías de las crisis no ha contemplado esta salida chantajista, que no promete nada sino que ofrece protección contra la posibilidad de estar peor. Gramsci estableció que cuando la burguesía no logra inducir a la cooperación de la sociedad, los grupos subalternos abandonan sus instituciones, activándose los mecanismos represivos subyacentes. La hegemonía está protegida por la coerción. Przeworski (1985:155-195), que estilizó este planteo, dice que si este compromiso de clases no se concreta puede suceder que a) los trabajadores socializan los medios de producción; b) los capitalistas imponen una dictadura; c) se impone una crisis catastrófica prolongada de huelgas y represión; y d) los trabajadores hagan imposible los beneficios pero siendo incapaces de derrotar a la burguesía provoquen el fascismo.

Ninguna de estas alternativas se materializó. Ni el socialismo ni la dictadura ni el caos ni el fascismo. La hegemonía fue sustituida por la extorsión, que se mantiene dentro del constitucionalismo liberal agitando los miedos respecto a un pasado que podría volver, con rasgos mafiosos pero sin asumir valores premodernos. Esta alternativa se presenta cuando la burguesía no cumple la función de representar el futuro porque maximiza ganancias de corto plazo, y el pueblo, habiéndose desactivado políticamente, acepta los niveles salariales existentes ante la posibilidad de enfrentarse al desempleo.

Si la hegemonía genera expectativas para la legitimación pero que luego enfría o posterga para abrir un cauce a la acumulación productiva, la extorsión explota el temor para estabilizar con un mínimo de legitimidad la acumulación financiera. En este caso, es el propio sistema el que crea la demanda del producto que tiene para ofrecer: protección contra los problemas que ha generado en un momento anterior, y adaptación a una lógica cortoplacista.

La hegemonía como promesa de un futuro común que siempre puede ser pospuesto, y la extorsión como amenaza de un pasado disolvente que siempre puede retornar, representan una fuga hacia adelante cada vez más acelerada porque nunca se cumplen o son

incumplibles ya que la acumulación de capital no tiene fin. El mandato es que la mercancía circule cada vez a mayor velocidad, hacer más de lo mismo cada vez rápidamente, con la decepción consecutiva y la creación incesantes deseos que tampoco podrán ser satisfechos por la propia naturaleza de los bienes posicionales. Por eso es que el sistema, en ambos casos, buscará desarticular, no ya algún contenido particular de la memoria y del imaginario, sino bloquear las funciones mismas de recordar y de imaginar, ajustar a los individuos a un proceso repetitivo

3.

La extorsión como forma política que se estabilizó a principios de los 80, puede corroborarse incluso con algunas evidencias. La expansión de 1945-1960 se detuvo, en efecto, ante una crisis de rentabilidad forzada por la competencia entre países cuyos gobiernos enfrentaban demandas y sublevaciones que desbordaban los compromisos neocorporativos.

Las insurrecciones populares en todo el mundo, se combinaban con a) los reclamos tercermundistas de la ONU, que autorizaba regular o expropiar a las corporaciones multinacionales; b) los Estados con un patrimonio público imponente que se resistían a entregar los incrementos de productividad al poder de clase transnacional; c) un movimiento igualitarista mundial que cuestionaban la colusión de la URSS con la hegemonía norteamericana; d) los movimientos de liberación nacional, que llegaban al poder en la ex colonias y en América latina; e) los triunfos socialdemócratas europeos con propuestas de democratizar la economía, y f) la ofensiva de los vietnamitas.

Consecuentemente, las promesas de crecimiento con estabilidad además de inviables ya eran insuficientes ante un movimiento que no peleaba por esos objetivos. Aterrorizadas, las clases dominantes pasaron a la acumulación financiera. Pero antes permitieron que los salarios aumentaran entre 1968 y 1973, ya que el precio de disciplinar a los trabajadores a un patrón monetario fijo suponía el riesgo de radicalización. Una política contractiva hubiera implicado el choque frontal, mientras que la política expansionista debilitó a los trabajadores, la inflación los puso a la defensiva, y, en adelante tuvieron que limitarse a esperar que los gobiernos protegieran los niveles de vida alcanzados previamente. (Se esperó el repliegue popular, para apoyar la restauración de la rentabilidad contra los propios trabajadores estadounidenses y sobre los competidores extranjeros).

La liquidación del patrón oro permitió la emisión provocando una escalada inflacionaria mundial que disciplinó a clases y países subalternos, y con las devaluaciones del dólar se obligó a Europa y Japón a compartir la caída en la tasa de ganancia, un 40% entre mediados de los 60 y mediados de los 70. Pero, como la inflación debilitó al dólar, EE.UU empezó a reorientar la fase de acumulación financiera en su propio beneficio. Subió drásticamente las tasas de interés en 1979 y pasó de ofrecer fondos líquidos a demandarlos para equilibrar sus cuentas.

Cuando las tasas de interés sobrepasaron las de crecimiento productivo, disolvieron la proyección colectiva del futuro y se hizo posible un régimen extorsivo que, a través del capital ficticio, maximiza ingresos sin contrapartida en inversiones. Esta operación, fue administrada por una burguesía asalariada que disoció a sus ingresos de la suerte de la economía, y que obligó a sus empresas a satisfacer las pulsiones inmediatas de ahorristas y

accionistas. Cuando la acumulación ya no se dirigió a su reproducción ampliada, la especulación se apoderó de todos los mercados, y el nivel de los activos financieros se transformó en la inversa del empobrecimiento y la desigualdad: hoy se trabaja más horas que a principios del siglo 20, con 3000 millones de trabajadores que viven como a principios del siglo 19.

En lugar de aumentar los salarios, EE.UU redujo los impuestos a los ricos y se endeudó hasta lograr lo que no había conseguido la guerra fría, doblegar al Sur y a la Unión Soviética. La carrera armamentista pudo movilizar recursos que no estaban al alcance soviético, y la reorientación financiera del Sur al Norte llevó a la crisis mexicana de 1982. Mientras las empresas norteamericanas accedían al crédito, los perdedores del Sur remataban sus activos.

Reagan obligó a Japón a limitar sus exportaciones y a usar sus excedentes para financiar el déficit fiscal y comercial norteamericano; e inició una escalada, que continuaron sus sucesores, para controlar los suministros de petróleo a los competidores, y colocar una cuña contra un eventual bloque euroasiático. EE.UU destruirá, además, lo que la humanidad había conquistado por primera vez en la historia, por nominal que fuera: que solo la ONU tenía el derecho a hacer la guerra, y que al menos en términos legales, la fuerza no fue equivalente al derecho. En nombre del intervencionismo humanitario y de la guerra preventiva, recreó la demanda de protección contra el narcotráfico y el terror, islámico o cualquier otro con tal que hubiera uno, hasta sustituir el multilateralismo y liberarse de las restricciones internacionales.

Pero, en lugar de la decadencia pronosticada, la producción, la productividad, y las exportaciones, entre 1980 y mediados de la década del 2000 fueron mucho más altas que la de todos los demás países del G-7, y los beneficios de sus corporaciones, en operaciones domésticas e internacionales, las más altas desde 1945. Desde 1971 el dólar perdió dos tercios de su valor respecto al marco/euro y tres cuartos frente al yen, pero nadie reclama una soberanía monetaria supranacional alternativa. Los chinos rechazaron la idea de sustituir dólares por derechos especiales de giro. La acumulación de reservas financieras en Asia oriental no indica que esta región tenga el poder para determinar cómo deben utilizarse y mientras tanto financian el doble déficit estadounidense. Finalmente, los principales países exportadores continúan acumulando dólares por temor a que si dejan de hacerlo provocarían una devaluación contra sus reservas.

Es decir, los costos y beneficios de la mundialización están demasiado interconectados como para que los países centrales desafíen al poder norteamericano. Lo que EE.UU exporta no es tanto una supuesta crisis sino la debilidad de sus propios trabajadores, a la que no puede prometer un futuro porque lo ha confiscado el endeudamiento. No hay crisis: que el sistema se encuentre siempre al borde de la quiebra financiera es su forma estable de funcionar. Si EE.UU quebrara arrastraría a una implosión contractiva y si pagara con emisión llevaría a la explosión inflacionaria.

Esta es la forma de recrear la desconfianza, que es la base política de la extorsión, de una forma de dominio que Brzezinski definió al reseñar que “los tres grandes imperativos de la estrategia geopolítica son: evitar la confabulación de los vasallos y mantener su dependencia en cuestiones de seguridad; conseguir que los subordinados sigan siendo influenciables y maleables, y evitar que los bárbaros se coaliguen”.

4.

En América del sur el auge chantajista se impuso luego de las dictaduras con una legalidad que era la réplica de la estadounidense, y garantizó a los capitales extranjeros los mismos privilegios que a los capitales locales: el centro pudo apropiarse así de los activos y de las ganancias generadas en los circuitos de valorización financiera. Al quedar amenazados por la fuga de capitales, los gobiernos fueron obligados a tasas de interés elevadas y al remate del patrimonio público, con el consentimiento electoral de la ciudadanía.

Cuando el miedo se perdió, porque los males públicos presentes que aparejaba el desempleo no podían ser ya peores a los del pasado inflacionario, la movilización popular instaló gobiernos reformistas en Venezuela, Argentina, Brasil, Bolivia y Ecuador, iniciándose una doble transición: el paso del chantaje a la hegemonía, pero con una fuerza que puede llegar a trascender la relación hegemónica. Hacer esto, es decir, prometer un futuro y a la vez contar con el activismo popular capaz de hacerlo efectivo y de ir más allá, en un marco internacional que sigue siendo extorsivo, representa un desafío de proporciones. Las órdenes del centro no se han modificado. Las que dió Kissinger contra Allende son las mismas que las que uno de los últimos ex secretarios de Estado ya extendió contra Chávez: desinvertir hasta que los índices económicos empeoren en toda la línea.

Los cambios en esta parte del mundo, sin embargo, se llevan a cabo sin déficit fiscal y sin déficit externo, con una tasa de inversión sobre producto entre el 20 y el 25%, sin distribucionismo fácil ni proteccionismo irrestricto, dentro de las reglas del constitucionalismo liberal, y en algunos casos con un desendeudamiento excepcional y mandando los genocidas a la cárcel, como en la Argentina. No obstante estos gobiernos ahora enfrentan el desafío de elevar la tasa de inversión industrial con una baja tasa de ganancia en los sectores extractivos. Para esto tendrán que hacer reformas tributarias muy progresivas, de inmensa conflictividad, porque de lo contrario industrializarse será siempre más caro que exportar, e importar será siempre más barato que producir para el mercado interno, manteniéndose en tal caso una presión inflacionaria estructural. Es difícil saber si lo lograrán; depende de que sigan poniendo en movimiento una tradición beligerante cuyas raíces son bicentenarias. Al preguntársele acerca de las posibilidades emancipatorias, Eric Hobsbawam señaló recientemente que es en América latina donde permanecen vivas aún las raíces de la Ilustración. Ciertamente, aquí la voluntad general vuelve a enfrentarse a la voluntad particular de las corporaciones, aunque esta vez el principio democrático desborda sin transgredir al Estado de derecho, lo que es una novedad, pero encendiendo una dinámica que puede empujar en una dirección impensada, lo que explica las reacciones por cualquier medio y a cualquier precio.

La repolitización tiende a convertirse en el eslabón entre las promesas inherentes a la hegemonía, que siempre generan ansiedad en tanto se realizan a medias o se postergan, y las fuerzas sociales que pueden hacerlas cumplir. Podría decirse que las iniciativas se encauzan dentro de la democracia moderadora de Madison, con algunas prácticas de la democracia revolucionaria de Rousseau, a la que concibió como transformación moral en base a dos principios de justicia procesal, los derechos humanos y la soberanía popular, que no se limitan sino que se posibilitan mutuamente. Que los derechos humanos y la soberanía popular no se opongan, es lo que separa a la democracia del liberalismo y también del socialismo. La propia lógica antiesencialista de estos principios cuando se

combinan lleva a una profunda incertidumbre y a las tensiones obvias, sobre todo en torno a la institución presidencial, que envuelta en una ofensiva popular sale del decorado institucional para convertirse en un instrumento de la democracia directa.

América del sur muestra, por último, que el avance hacia una sociedad mundial más justa entre países no será el resultado de ningún mecanismo de mano invisible, como parece ser la posición de Arrighi con las categorías de Smith y de Marx, o la de otros como Malcom Bull, que utiliza las categorías de Hegel. Mediante una apropiación antidialéctica de Gramsci, Bull (2006) propone que los mecanismos de mano invisible remediarán el impasse de las agencias políticas tradicionales, y que la entropía del Estado global podría estar liberando estructuras disipativas que invertirían la fórmula de Hegel: subsumiendo la coerción estatal en una sociedad civil mundial. Sin embargo, creo que quienes han abrazado esta idea cosmopolita no pueden esperarla de la voluntad general transformada en intelecto general. La idea de que la interdependencia de intereses individuales puede llevar inintencionadamente a resultados colectivos juzgados de antemano como positivos, da por descontado la continuidad temporal entre el plano individual y colectivo, cuando la discontinuidad es, precisamente, el problema de la acción. Como este problema no se lo ha podido resolver, se tiende el puente necesario y espontáneo de una inteligencia de enjambre o de hormiguero, que siempre presupone algún tipo de remisión al infinito. El mismo horizonte con que cuentan la hegemonía y la extorsión para aplazar indefinidamente sus promesas y amenazas en ausencia de la acción colectiva intencional y autónoma.

Bibliografía

Arrighi, G. (1999) *El largo siglo XXI*. Madrid, Akal.

Arrighi, G. y Silver, B. (comps.) (1999) *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Madrid, Akal.

Arrighi, G. (2007) Madrid, Akal.

Bull, M. (2006) *Estados del fracaso*. Madrid, *New Left Review*, 40.

Przeworski, A. (1985) *Capitalismo y socialdemocracia*. Madrid, Alianza.

Screpanti, E. (1985) *Ciclos económicos largos e insurrecciones proletarias recurrentes*. Madrid, *Zona Abierta*, 34-35.